

Los caminos teóricos de la historiografía del 90. El mundo real, la desmitificación y la racionalidad.

Nidia Carrizo de Muñoz*

A mediados del siglo XX, fue evidente el predominio de un paradigma común entre los historiadores que presentaba dos aspectos sobresalientes: por un lado, la rivalidad de dos escuelas (Annales y Marxista) que entablaron un combate exitoso contra la historia tradicional; por el otro, la supervivencia de un componente positivista que se refleja en el carácter manifiestamente empírico que ha seguido impregnando el oficio de historiador, con lo que tiene de positivo (crítica y uso de fuentes) y de negativo (desprecio por la reflexión y la teoría). Por ello, la necesidad de la propia reflexión es el punto de partida, que el historiador Carlos Barros expresa como: "El historiador del futuro reflexionará sobre metodología, historiografía y teoría de la historia, o no será".¹

En la década del 90, los caminos abiertos a la propia reflexión teórica, a la discusión sobre el mundo real como objeto de la historia, a las diferentes vías de desmitificación de la disciplina y a una nueva consideración sobre la racionalidad, son posiblemente preparatorios de una teoría fundada en el propio aparato teórico y metodológico de la historiografía.

Respecto a los embates contra la razón, si bien al principio de la década del 90, se impulsaron fuertemente las críticas posmodernas, en la misma época aparecieron las voces controversiales que animaban al rescate de una racionalidad renovada, una nueva ilustración, una reformulación de la idea de progreso. El mismo

* Universidad Nac. de Cuyo/ Facultad de Derecho

1. Carlos Barros, "La historia que viene", Universidad de Compostela, *Historia a Debate*, España, 1996.

autor mencionado, expresa que aparece “—una nueva idea racional— no teleológica— del progreso que seguirá incluyendo rupturas y revoluciones políticas y sociales, culturales, y científicas, que coloca al sujeto en el centro de la historia, que reconoce el papel movilizador de las utopías pero no las confunde con las ciencias.”

Las voces controversiales frente a la historiografía posmodernista de la década del 90, pretenden recuperar una visión histórica del mundo real y descubrir los nuevos mitos creados en la historiografía del 90. Se señala que algunos surgen en muchos casos porque los historiadores optaron por la alternativa de los estudios de la marginalidad, con una tendencia a exacerbar la subjetividad del autor o confundir compromiso social con acciones irrelevantes y cargadas de discurso utópico. O bien hacia un presentismo en una tarea alejada de lo científico, que ha llegado a oponer el compromiso social del historiador con su trabajo de investigador.

Los mismos críticos entienden como retroceso de la historia el condicionamiento de ésta entre una vuelta al positivismo antiguo y una fuerte propensión hacia el escape del análisis del mundo real y la dificultad para comprenderlo, preverlo y explicarlo. Advierten también como una gran derrota de la historia que transita esos caminos, su incapacidad para comprender y prever grandes acontecimientos. El resultado será, expresa Barros “una historia cada vez más (...) próxima a la ficción o al interés erudito de una excelsa minoría, una historia con dificultad creciente para hacer ver su utilidad social y su papel capital en la investigación y en la educación de sus ciudadanos.”

Sobre el mundo real

¿Qué pasó con el mundo real como objeto de la historia? ¿Existe un nuevo objeto de la historia? Aquí se presenta el problema y su discusión:

Actualmente existe una tendencia a enfocar ciertos aspectos que antes no eran considerados centrales por la historia. Esto responde a un cambio cualitativo que se refiere a una nueva concepción sobre lo real, sobre lo social, sobre el mundo circundante en general y sobre su posible inteligibilidad. Esta preocupación puede sintetizarse en la inquietud por la diversidad implícita en la constitución de la sociedad.

Como es conocido, en las corrientes posmodernas de la historiografía, muy influenciadas por la Antropología y la Literatura, se focaliza el interés en el ámbito de la representación y de los símbolos. A veces, un interés ultradimensionado subsume el mundo real en el simbólico, haciéndole perder nitidez a las diferencias entre uno y otro.

Esa es una elección que se explica por el clima cultural, especialmente en Francia, de la fuerte influencia del estructuralismo sobre las ciencias sociales. El estructuralismo nacido con la lingüística de Saussure y de Jakobson y con los textos del historiador de las religiones George Dumézil, envuelve durante los años '50 y '60 a amplios sectores de la inteligencia occidental y se une a sólidos sectores del pensamiento marxista (Louis Althusser). Por su parte Lévi-Strauss, sostiene

que “los grandes significados simbólicos de las culturas, los mitos, son adoptados por los hombres sin que se den cuenta. Las estructuras culturales son restricciones mentales y por lo tanto excluyen la idea de que los hombres den forma de manera consciente, a su cultura: en una palabra deniegan las ilusiones de libertad.”²

El concepto de estructura en la historia (siguiendo a Braudel) es diferente y especial, porque no pretende identificar una esencia universal del hombre, sino que se refiere a determinados períodos, a veces largos, y se limita a áreas específicas, aunque sean amplias. El historiador Paolo Macry opina que las estructuras mentales, culturales y ambientales son parte de la historia pero que ésta no renuncia, sino que por el contrario trabaja específicamente “las conscientes elecciones de los individuos y los grupos.”³

En períodos caracterizados por cambios constantes, rápidos y fundamentales, así como por una complejidad que coloca a la sociedad mucho más allá de la experiencia del individuo o incluso de su comprensión conceptual, los modelos que pueden obtenerse de la historia de la cultura tienen probablemente un contacto cada vez menor con las realidades sociales. El estudio de la historia apunta a las transformaciones sociales que se experimentan y clasifican como tales durante los cuales la sociedad se reorienta y transforma. No está de más tener en cuenta las reflexiones de los brasileños Joao Fragoso y Manolo Florentino— frente a los investigadores que extreman la influencia cultural, —cuando no aceptan las referencias a una dimensión extracultural, sino que entienden que las relaciones económicas y sociales son campo de práctica y de producción cultural. Ésta es una explicación más dinámica e interrelacionada de la cultura.

De la historia ideologizada a la historia “representada”

Hay historiadores que reflexionan sobre las nuevas alternativas historiográficas posmodernas de la década del '90, entendiendo que se pasa de una historia de procesos a una historia de la pluralidad, dándole primacía al mundo de la representación. Estas tendencias tienen en cuenta ciertas afirmaciones como la de Mircea Eliade. Ella considera que la conciencia teórica, práctica y estética, el mundo del lenguaje y del conocimiento, la ley, el derecho y la moral, las formas fundamentales de la comunidad y del estado, todas ellas se encuentran originariamente ligadas a la conciencia mítico-religiosa. O en las afirmaciones de Ernst Cassirer, quien fundamenta su toma de posición en el supuesto según el cual el mito se sitúa en el núcleo primordial de todo imaginario social, como matriz generadora de procesos de construcción de sentido de la condición humana. Por lo tanto el co-

2. Levi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, 1952 y *Antropología cultural*, 1958.

3. Paolo Macry, “Una introducción histórica”, *La Sociedad Contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1997.

rolario es que la historia y las ciencias constituyen la forma de producir y de decir el mito hoy, como respuesta a los problemas fundamentales e incesantes de la existencia colectiva.

Según opinión de autores que trabajan sobre la desmitificación de la historia en la actualidad, así como el mito de la ideología caracterizó una etapa de la historiografía, el mito de la representación sobrevuela la del 90: de la ideología a la representación.

De este modo, lo que aparece claro es que se intenta un verdadero cambio epistemológico que afecta a la historia, en el sentido de una nueva forma de concebir la realidad y las posibilidades de la ciencia para conocerla. En estos términos se habla de desplazamiento de una concepción realista del mundo y de la historia a otra en la que el discurso histórico se reconoce como un conjunto de representaciones. De este modo, toda narración histórica sería una construcción imaginaria, que se diferencia de la novela histórica sólo por trabajar con acontecimientos padecidos por los hombres. Ahora la realidad aparece fragmentada, desordenada y los discursos que se refieren a ella tanto los que se encuentran en el pasado –como material a utilizar por el historiador– como los del propio historiador deben ser considerados como diversas representaciones de diferentes realidades, cuya trama sería necesario develar para encontrarles significado y acercarse así a lo real pasado, en cuanto a cómo era vivido lo real.

Lo expresa claramente Mónica Gordillo:

“Ya no se trataría de buscar los hechos, las cosas que les han ocurrido a los hombres y mujeres y cómo reaccionaron frente a ellos sino que, si hay una línea común, algo que entreteje los distintos objetos, ésta sería la pretensión de aprehender los distintos significados, los distintos saberes como categorías que hacen a la identidad de los hombres y mujeres y los distintos discursos que expresan esos saberes que son también estrategias de poder que impregnan todas las relaciones humanas.”⁴

La fascinación por corrientes como la microhistoria y la nueva historia cultural corre el riesgo de convertir a la historia en receptáculo de objetos, términos, y significados procedentes de otras disciplinas: cultura, mentalidades, psicología colectiva, representación. Hay que observar un aumento de los trabajos que fluctúan entre historias microscópicas y reconstrucciones imaginativas.

4. Mónica Gordillo, “Nueva Ciencia, Nueva Historia. La redefinición de sus objetos”, *Revista Estudios*, Centro de Estudios Avanzados, UN Córdoba, Junio 1995–1996.

Los cuestionamientos

En la última década, la excesiva tendencia al relativismo caracterizada por el abandono de la búsqueda de ciertas verdades ordenadoras y la capacidad de estas tendencias para hacernos reflexionar en la cultura como un cuerpo de códigos y mitos⁵, han planteado debates recientes sobre la historiografía del '90. Algunos cuestionamientos, como el realizado por Carlos Barros, se refieren a la crisis finisecular de la historia, como acompañada de un formidable incremento en la producción historiográfica de una manera desigual, sin reflexión, sin orden ni concierto. Y propone que las comunidades científicas reconstruyan a través de procesos críticos su acervo común.⁶

Para Barros:

“el concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad. (...) contemplar el sujeto y el objeto de la historia como una misma realidad. Son las condiciones para un pos-posmodernismo, que anuncia las precondiciones para una nueva ilustración. (...) Roto el consenso historiográfico sobre una definición y una práctica objetivista de la disciplina, solo se podrá recomponer asimilando los historiadores la nueva racionalidad científica, de signo relativista y transdisciplinar que va a caracterizar el siglo XXI, -pero dejando claro que- la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas.”

Más cuestionamientos (Josep Fontana, Julio Aróstegui, Valdeón Baruque, Ciro Flamarión Cardoso, entre otros) se constituyen como alegato a favor de la recuperación de las señas de identidad de la historiografía crítica. Entre esas señas de identidad se encuentran el tradicional objeto de estudio de la disciplina. ¿Qué tipo de realidad es y estudia la historia?, ¿cómo se autoidentifica?

Ciertos imaginarios pueden legitimar o provocar rupturas en el ordenamiento social. Pero esta forma de pensar no crea un nuevo objeto de estudio para la historia, porque se entiende que la realidad social se compone de hechos empíricos y de construcciones mentales sobre ellos, de instituciones y de relaciones, de comportamientos y de pautas de comportamiento, de estados mentales y de pensamiento simbólico.

La historiografía es un conocimiento de comportamientos de distinta naturaleza, insertos en la realidad social. Pero esa realidad, desde el punto de vista de la historia como ciencia, se construye como su objeto en base a hechos empíricos, que se presentan más o menos dados, más o menos contruidos por el pensamiento metódico.

5. María Alba Pastor, “La unidad o el divorcio de la función teórica y la función social de la historia”, UNAM, América Latina, *Historia a Debate*, España, 1996.

6. Carlos Barros, *op. cit.*

Se entiende que las disciplinas se autoidentifican, porque poseen objetos específicos. Por ello los historiadores críticos ponen énfasis en la defensa de la existencia del mundo real como campo específico de la historiografía, con la denotación de que tal realidad contiene el tiempo. “La reivindicación del tiempo histórico como una categoría fundamental del análisis teórico de la sociedad, rescata la condición dinámica entre la acción humana y la estructura social, no como un problema abstracto, sino como una cuestión empírica de la historia mundial.”⁷

La historia de la sociedad, tiene al tiempo cronológico real como una de sus dimensiones, porque se ocupa no sólo de las estructuras y sus mecanismos de persistencia y sus posibilidades de transformación, “sino también de lo que en realidad ocurrió” (en estas reflexiones coinciden Julián Casanova y Julio Aróstegui).

Respecto a la otra novedad de la posmodernidad, una invasión de análisis de discurso—según Josep Fontana—amenaza con reemplazar la realidad. Hay que luchar contra la esterilización del trabajo histórico, “que pretende reemplazar el estudio de los problemas reales de los hombres por los discursos que se refieren a ellos.”⁸ Sin desconocer los elementos útiles, y sin descalificar la contribución del análisis de discurso hay que tener en claro que el historiador trabaja con todo tipo de fuentes, muchas de ellas, que no pueden ser “deconstruidas”.

Así expresa Fontana:

“la concepción de la vieja disciplina historiográfica parece ser arrastrada más bien hacia la creación literaria, hacia el análisis semiótico, la exploración microantropológica y hacia un relativismo general que rechaza las anteriores pretensiones de encontrar explicaciones, más o menos apoyadas en la teoría del movimiento histórico.”

Respecto al juicio de realidad, la mayoría de los historiadores dan por sentado que el pasado realmente existió y al abordar su tarea, parten de esta premisa. Esta afirmación trata de demostrarse, como resguardo del campo disciplinar, en tanto defensa del mundo real como existente y como su objeto de estudio. ¿Qué se quiere decir con la existencia del mundo real? Pues que la realidad exterior al hombre existe efectivamente, en forma auténtica e independiente y no es una mera ilusión, algo que sólo está en los sujetos. Dicen los investigadores:

el juicio de realidad consiste en “... procurar reconstruir el pasado de la manera más verdadera posible”,⁹ no como un compilador de hechos sino aventurando hipótesis para explicar e intentar verificar sus conjeturas.

7. Definiciones sintetizadas extraídas de Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona, 1991.

8. Josep Fontana, *La Historia después del fin de la Historia*, Crítica, Barcelona, 1992.

9. Mario Bunge, *Las ciencias sociales en discusión*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

“...defiendo firmemente la opinión de que lo que investigan los historiadores es real. El punto desde el cual deben partir los historiadores (...) es la distinción fundamental y para ellos, absolutamente central, entre los hechos comprobados y la ficción.. Durante los últimos decenios se ha puesto de moda (...) negar que la realidad objetiva sea accesible (...) El pasado que estudiamos es una construcción de nuestra mente (...) Una de esas construcciones es tan válida como cualquier otra, tanto si se puede respaldar con lógica y hechos como si no. Mientras forme parte de un sistema de creencias emocionalmente fuerte, en principio no hay, ninguna manera de decidir que la crónica bíblica de la creación de la tierra es inferior a lo que proponen las ciencias naturales: son sencillamente distintas (...) Pese al riesgo de que se me acuse de positivista hay que dejar sentada la naturaleza no controvertida de ciertas afirmaciones y de los medios de manifestarla. Algunas proposiciones son verdaderas o falsas, más allá de toda duda razonable.”¹⁰

La historia pretende explicar el mundo real y entra en contradicción con el discurso posmoderno.

“Hay una cierta tendencia dentro de lo que suele llamarse el discurso posmoderno a pretender que por la multiplicidad de puntos de vista y la ambigüedad semántica de muchos discursos, se produciría, la disolución del mundo real. Todo el que vive en el mundo real (y creo que fuera de los que están en ciertos establecimientos sanitarios, la mayoría vivimos en el mundo real), sabe que esto no es cierto(...) Y descubre que esa realidad fuerte y dura, se adapta más a ciertos discursos que a otros. No todos los discursos la cubren con la misma facilidad ni la explican igual. La realidad se resiste a todo discurso y tiende a modificarlo.”¹¹

La historia requiere que apliquemos, si no un modelo formalizado y complejo, por lo menos un orden aproximado de criterios teóricos que marquen prioridades de investigación. El juicio de realidad del historiador, actuando sobre el presente y el pasado es posible que aporte los mejores resultados. Miguel Angel Cabrera Acosta, en su artículo, *La historia y las teorías del fin de la historia*, expresa la imperiosa necesidad de que los historiadores fijen los criterios con los que incorporarán el pensamiento filosófico posmoderno. Un criterio es el de su contribución o no al avance del conocimiento de la realidad social. Esto supone la introducción de dos categorías: avance del conocimiento y referente real.

10. Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, Crítica, Barcelona, 1998.

11. Entrevista con Cristian Buchrucker, sobre *Historia y Comunicación*, Mendoza, 1995.

Sobre la desmitificación

La desmitificación de la historia es una cuestión en la que se involucran historiadores latinoamericanos y que está relacionada con la discusión sobre el mundo real ya planteada. Una de las preocupaciones es saber si en la escritura de la historia latinoamericana hay un predominio de una visión simbólica sobre ciertos hechos de la realidad, sobredimensionando las representaciones ideales. Y si es así, investigar si hay influencias y tradiciones culturales que influyan también en esta nueva historiografía desmitificadora como influyó en la tradicional. Lockhart y Schwartz “insisten en señalar la multiplicación de categorías eruditas alejadas de la realidad”¹² que se proponen en América Latina.

¿Por qué desmitificar? Si hay que realizar este trabajo es porque se supone que la escritura de la historia adolece de este mal. A medida que se desarrollaba la historia de la historiografía, se presumía que se marcaba el cambio de contraponerla a las antiguas explicaciones de la realidad a través del mito. De este modo, se producía el avance de la historia científica. El origen de la historia como disciplina, se encuentra en la necesidad de abandonar el mito, es decir en la necesidad de distinguir la verdad de la ficción. En ese contexto las distintas corrientes historiográficas coincidían en que el científico de la historia requería una formación que abarcara también, la condición de acercarse lo más posible a la verdad de los sucesos, aún sabiendo de su relatividad y de sus límites. Sin embargo, el pensamiento del Dr. Eduardo Diatay B. de Menezes, hace temblar esta idea tan estructural cuando dice:

“Dudamos con todo, en afirmar que el pensamiento mítico haya sido abolido (...) el consigue sobrevivir, aunque radicalmente modificado (si no perfectamente camuflado). Y lo más sorprendente es que más que en cualquier otra parte, él sobrevive en la historiografía.”¹³

Hay un criterio básico para el historiador: lo imaginado es sensiblemente distinto a lo real. Emanciparse del mito significa “liberación”. Lograr un conocimiento profundo de las realidades pasadas y presentes convierte al historiador y a su disciplina en una pareja adecuada para marcar probabilidades en el futuro. El retorno del mito en la historiografía no es liberador, por el contrario aleja del conocimiento de la realidad (que es dura, tenaz y resistente) y finalmente aplasta al que quiere ignorarla. La realidad puede ser cambiada, pero desde la realidad misma, no desde el mito, que solamente construye huídas y refugios pasajeros. Habermas

12. James Lockhart, y Stuart Schwartz, *América Latina en la Edad Moderna*, Cambridge University Press, 1983, España, Akal, 1992.

13. Eduardo Diatay B. de Menezes, *Oriografía tradicional de Canudos*, Prof. Titular do Deptº de C. Sociais e Filosofia da UFC e da UECE, Brasil.

explica que el proceso liberador del mito carga con "el estremecimiento ante la pérdida de las raíces y el respiro de alivio tras el acto de huida."¹⁴

Esta ambivalencia recarga la historiografía del '90. Donde aparece una fuerte corriente desmitificadora, que intenta producir un aligeramiento revisando los mitos de la historiografía tradicional, pero que muchas veces no logra evadir visiones cargadas nuevamente de valor simbólico.

¿Por qué subsisten los mitos en la historiografía? Entre muchas razones, porque algunos son aprovechados ideológica y políticamente para enfrentar el hambre, la miseria y el caos político. Otros para favorecer intereses de determinados grupos sociales, en desmedro del resto. A veces se mantienen porque no interesa a ciertas instituciones oficiales publicar documentos que pueden manchar la imagen de actores individuales o colectivos. Por otra parte, algunas concepciones filosóficas magnifican la importancia de la creación mental de tal manera, que confunden mitos y realidades. También la adhesión desmedida a escuelas o tendencias históricas culturales hace que se sobredimensionen aspectos de la realidad hasta otorgarles una relevancia más sostenida míticamente que fundada en certezas empíricas. Además, los mitos ayudan a sobrellevar realidades amargas de las que se prefiere escapar.

Si bien, hay que decir que es también en la historiografía donde se crean los anticuerpos. Cezar de Freitas¹⁵ dice que ese ámbito es el espacio de investigación en el que hasta la simulación y los mitos consiguen ser traídos a la luz para reconocerlos y que para ello al historiador le ayuda el juicio de realidad (hoy también bastante confundida en su definición) y la tenacidad de comprobar repetidas veces la historia.

Esta preocupación actual desmitificadora tiene a mi modo de ver, la importancia de tratar de "limpiar" la historiografía, desbrozar y desembarazarse de ciertos pesos ideológicos y políticos, de esclarecer las confusiones entre memorias e historia, de moderar influencias sobrecargadas de radicalidad venidas de otros ámbitos, que confundieron y muchas veces impidieron que los propios historiadores se encarguen de la reflexión sobre la teoría y el método a partir de una afirmación en la propia disciplina.

Obviamente, no es la intención emprender aquí un análisis exhaustivo de la historiografía que trabaja sobre desmitificación, sino plantear una reflexión acerca de los procesos de elaboración de la historiografía latinoamericana que preocupa a varios investigadores.

Se podrían identificar cuatro vías de desmitificación que se recorren actualmente en la historiografía:

14. Jurgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires, 1989.

15. Marcos Cezar de Freitas, "Para uma História da historiografia brasileira", en *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, Contexto, Brasil, 1998.

1. En primer lugar, la que investiga las interpretaciones demasiado unidas a convicciones políticas y culturales. Las versiones míticas aparecen en algunas obras sustentadas en posturas ideológicas, en otras, basada en razones de tipo cultural y social. Estas últimas se asientan en construcciones teóricas ideales e inmóviles, para reforzar el sentido de identidad, de patriotismo o de rescate cultural. Dan como resultado una historia que sustenta posturas simplificadas que son causa de posiciones fanáticas y de invenciones míticas. El peligro acecha cuando la desmitificación está asentada en nuevas convicciones políticas, ideológicas o culturales y se realiza sólo un reemplazo de una mitificación por otra que responde a otros intereses. Toda destrucción de ídolos tiene sentido en la medida que no se creen otros en su reemplazo.
2. En segundo lugar, la que intenta diferenciar el rescate de lo subjetivo y de lo simbólico –como dimensiones necesarias y legítimas del análisis histórico– de una actitud mítica que pretende orientar la realidad hacia la ficción y hacer pasar una por otra. Podemos decir transición desde la historia ideologizada, a la historia de la representación. En este sentido, algunos historiadores advierten sobre las corrientes extremas, muy influenciadas por la Literatura y la Antropología, donde subyace la idea de que todos los hechos a los que se presupone una existencia objetiva no son sino meras creaciones mentales, es decir que no hay diferencia clara entre la realidad y la ficción.
3. En tercer lugar, la que pretende apartarse de la extrema intensidad de las reacciones y emociones que anidan en las adhesiones a las corrientes historiográficas, reconociendo radicalidad sin medida a las posiciones que sustentan y que terminan en la mitificación de la realidad, tanto del presente como del pasado.
4. En cuarto lugar, los intentos realizados para diferenciar entre la historia sistemática y la memoria histórica, porque esa confusión dificulta ver claro el aporte y la función de cada una de ellas, en la reconstrucción del pasado.

El primer caso:

Las interpretaciones demasiado unidas a convicciones políticas y culturales.

El rastreo de estas influencias políticas y culturales que en muchos casos terminan en una mitificación de la historia se hace recorriendo la llamada historiografía tradicional. Se entiende por ella: el legado que viene de la producción de las instituciones históricas reconocidas oficialmente, que generó una vertiente bien acogida no sólo en las élites académicas.

Hay textos que pretenden contemplarse con la designación de historiografía tradicional, y esto debiera aclararse, porque hay experiencias –como el caso argentino– que desmienten cuanto se creía haber aprendido sobre el país bajo la guía de una disciplina demasiado segura de sí misma. Esa historiografía es suficientemente divulgada y conocida y generó paradigmas que formaron a generaciones de historiadores que, a su vez, se constituyeron en difusores del mismo.

Por ello algunos historiadores, piensan que habría que aclarar qué criterios marcan la designación de historiografía tradicional. ¿El cronológico, que establecería que las obras más antiguas son necesariamente más conservadoras y los textos más recientes más progresistas?

Machado de Assis define con bastante precisión la opinión generalizada entre los autores que así la designan, como la historiografía formada por obras que no presentan una articulación explicativa y que operan como si se supusiera un orden normal y más o menos permanente de existencia colectiva, del que divergen algunos hechos episódicos y perturbadores, estando en la base de la principal producción de nuestros manuales de historia patria en todos los niveles.

En general, se toma como criterio el carácter prestigioso de su recepción, que instituye los llamados "autores consagrados". Se observa, comparando algunos trabajos de la historiografía desmitificadora brasileña y argentina, que sus fuentes se buscan en la historiografía así definida. Veamos algunos ejemplos:

María Luisa Tucci Carneiro, historiadora brasileña, trabaja sobre la desmitificación del tema racismo en Brasil. Expresa que siempre se trató de sustentar la imagen de que Brasil era un país sin preconceptos de raza y religión pero que en realidad éste es un país imaginado muy diferente del país real. Cree que esta imagen se construyó a partir de una historia escrita por historiadores que quisieron preservar el mito como forma de absorber las tensiones sociales y enmascarar los mecanismos de explotación o de subordinación del otro, del diferente. Así recorre discriminaciones de negros, mulatos, indios, gitanos y judíos.

Insiste en que el brasileño tiene una mentalidad racista y antisemita por tradición. Recorre la historia brasileña desde el siglo XVI, observando los documentos que debían probar la pureza de sangre, precisando la expresión "raza infecta" que aparece en los documentos coloniales. Hasta fines del siglo XVIII, persistió en Brasil un racismo de fundamentación teológica, -afirma- que estigmatizaba a judíos, moros, mulatos e indígenas.

Según la autora, en este sentido, en Brasil, hay un racismo camuflado, disfrazado de democracia real y que este aspecto está oculto en la historiografía tradicional. Agrega que eran raros los intelectuales brasileños de comienzo del siglo XX que tenían conciencia del peligro representado por su adhesión a teorías racistas importadas de Europa. Y señala a historiadores y otros intelectuales importadores de racismo, como Silvio Romero, Nina Rodríguez, Francisco Varnhagen, Euclides da Cunha, Oliverio Vianna.

Desde este punto de vista, se propone analizar el pasado, "sin reincidencia en errores," sobre "el estudio de los mitos que persisten en nuestro pasado, intentando explicar ese Brasil imaginado, caracterizado por la democracia racial, y el país real, racista y antisemita por tradición."¹⁶

16. Maria Luisa Tucci Carneiro, *O Racismo na História do Brasil. Mito e Realidades*, Atica, Brasil, 1999.

En Argentina, el proceso es parecido y se puede ejemplificar por el caso Rosas y el muy debatido tema del origen de la Nación Argentina.

La historiadora Diana Quattrocchi Woisson, expresa que el interés de los argentinos por su pasado fue fuente de divisiones y de debates interminables sobre los orígenes de la nacionalidad y que éste es un dato que sorprende a cualquiera. Porque esa sed de pasado, casi una obsesión por la identidad, contrasta con el escaso dinamismo y autonomía de la historia profesional. Explica como el vacío dejado por la disciplina histórica fue ocupado por un movimiento de contrahistoria militante— el revisionismo— que logró hacer de la figura de Rosas y su gobierno (un acontecimiento del siglo XIX) una referencia principal de las batallas políticas del siglo XX y más aún, el espacio mítico de la verdadera argentinidad.

Este libro revela la íntima unión de las ideologías y la política con la visión de la historia. Toda la historiografía ha padecido el uso sociopolítico.

“La estrecha relación entre historia y política será un rasgo principal en la actividad historiográfica argentina.

Así comienza a organizarse toda una cultura del hecho nacional, a partir de imágenes fuertemente emotivas. Una liturgia patriótica y una idealización sistemática de una argentina grande y digna, opuesta a las grandes potencias mundiales: Francia e Inglaterra. Una Argentina heroica y valiente destinada a ser la gran potencia sudamericana. Para afirmar la identidad, la lucha contra el otro, se vuelve instrumento indispensable.(...)Esta revalorización de la argentinidad será tanto más maniquea y estereotipada en tanto se inscribe en una sociedad donde todo lo que venía de afuera —sobre todo si ese afuera era La Europa blanca— gozaba hasta entonces de un prestigio excepcional.”¹⁷

También historiadores argentinos como Luis Alberto Romero, Juan Carlos Chiaramonte, Fernando Devoto, han intentado demostrar la mitificación sobre el concepto mismo de nación en la Argentina. Para ellos, la afirmación de la existencia de la Nación Argentina y el sentimiento de pertenecer a ella, se fueron construyendo en la segunda mitad del siglo XIX. Esta nueva interpretación se hace frente a lo sostenido por la historiografía tradicional de una nación preexistente. Expresan que ese concepto se crea a través de la historia tradicional, especialmente desde Mitre, y que se desarrolla esa “concepción mítica” a través de la enseñanza de la historia.

Sobre el tema, es paradigmático el trabajo de Chiaramonte quién sostiene, que los grupos sociales que dirigieron esos procesos fueron construyendo un mito sobre los orígenes de la Nación Argentina, como también de otros países latinoamericanos. Ese mito les permitía presentarse como continuadores de una misión histórica y legitimaba —frente a toda la población— sus decisiones sobre la forma de organizar el régimen político, la economía y la sociedad en su conjunto. Expresa

17. Diana Quattrocchi Woisson, *Los males de la memoria*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

Chiaramonte que “como fundamento de la nación no existían ni una idea ni un concepto de una nacionalidad preexistente”.¹⁸

Esta desmitificación del concepto de nación y el surgimiento histórico de la nación argentina, está inserta en la corriente universal que recorre este camino desmitificador del surgimiento de las naciones. En el caso de los investigadores europeos, existe una polémica sobre esta corriente desmitificadora sobre la formación de la nación, y sobre la vieja discusión de nación cívica y nación étnica. No es el objetivo tratar aquí este tema como contenido, sino dejar en claro que el recorrido desmitificador del concepto nación, trata de demostrar que la historiografía tradicional es responsable de invenciones míticas inexistentes en la historia, entre ellas la invención de la nación.

Sobre la historiografía del '90 que trabaja el mito o “la invención de la nación” recaen críticas acerca de un supuesto sujeto, originario y fundador, que más o menos conciente, más o menos situado en el tiempo, sería un protagonista que dirige la escena o el desarrollo de la trama, a partir de una autoconciencia. Los modelos fundados en la acción iluminada, oportuna u oportunista de determinados individuos, se encuentran seriamente cuestionados. Tan cuestionado es esto como el punto de vista positivista de que la historia documental recupera toda la verdad del pasado.

Podemos incorporar la visión histórica de Cristian Buchrucker, quién critica las posiciones extremas. Considera que nación es una formación histórica, un tipo de agrupamiento caracterizado por diversos factores:

“En el transcurso de la historia la presencia de una estructura política ha sido a menudo un impulsor para el fortalecimiento de los elementos culturales y económicos; pero también hay mucha evidencia de que no es una simple obra de ingeniería social ‘construir’ una nación a través de actos emanados del poder militar y burocrático. (...) En realidad las naciones nunca «son», sino que se van «haciendo», al vincular a sus integrantes por medio de relaciones múltiples y cada vez más estrechas, o se van «deshaciendo», en épocas durante las cuales predominan procesos de desvinculación de las partes y debilitamiento de los nexos.”¹⁹

En síntesis, para situar la problemática de los orígenes de la nación y de los nacionalismos, Anthony Smith recomienda contextualizar teniendo en cuenta el concepto de identidad nacional, que es concebido como multidimensional y que debe considerarse como un fenómeno cultural colectivo.

18. Juan Carlos Chiaramonte, “En torno a los orígenes de la nación argentina”, en *Para una historia de América II. Los nudos (I)*, coord. Carmagnani y otros., El Colegio de México, Fondo de Cul. Económica, 1999. Véase difusión nivel medio: *El Mundo Contemporáneo, Siglos XV, XVIII y XX*, Estrada, 1999.

19. Cristian Buchrucker y colab, *El miedo y la esperanza I*, EDIUNC, Mendoza, 1999.

“Aún cuando se parta de la base de que el concepto nación es exclusivamente un constructo de los nacionalistas (...) no está claro que la demanda de una nación homogénea tenga el mismo significado para todos los nacionalistas. Aún así las tradiciones inventadas deben aprovechar una identidad cultural y política si pretenden llegar a las fibras más profundas del pueblo.”²⁰

En realidad, es interesante señalar, que en el ámbito latinoamericano y especialmente en el argentino, aparentemente no aparece aún una clara posición teórica crítica que discuta y modere esta corriente desmitificadora del concepto nación, como ocurre en la historiografía europea, en la que se plantean múltiples controversias.

Siempre debiera preverse el riesgo de caer en una nueva invención historiográfica que pretenda irse al extremo de considerar que la historiografía tradicional es un mito construido por los historiadores, del que sería bastante ajena la realidad de la historia.

El segundo caso:

La que intenta diferenciar el rescate de lo subjetivo y de lo simbólico –como dimensiones necesarias y legítimas del análisis histórico– de una actitud mítica que pretende orientar la realidad hacia la ficción y hacer pasar una por otra.

Decía Tulio Halperín Donghi ya en 1986, a propósito de la historiografía argentina que cuando aparecen proyectos de renovación historiográfica, si no están claros los vínculos entre ese proyecto y la imagen del presente y del futuro nacional o de la región que se trate,

“los proyectos de renovación se basarán en concepciones míticas, ufanías colectivas, arrogancia política – ideológica y arrogancia científica y se buscará el pasado para justificar obsesiones retrospectivas.”²¹

En general los historiadores adoptan

“una epistemología realista y falible, pero no escéptica o negadora de la existencia de lo real (...) saben que parte del pasado puede conocerse al menos parcialmente, sabe que toda reconstrucción es imperfecta y perfectible a la luz de nuevos datos, nuevos enfoques y nuevas miradas desde el presente.”

20: Anthony Smith, *National Identity*, 1991, (primera edición en español, Trama, Madrid, 1997).

21. Tulio Halperin Donghi, “Un Cuarto de Siglo de Historiografía Argentina (1960–1985)”, *Desarrollo Económico*, v. 25, n° 100 (enero-marzo 1986).

¿Qué desvía al historiador de esta búsqueda de la verdad, de la mirada realista? Entre las falsificaciones de la historia, se encuentra la eventualidad de fabricar y suprimir pruebas o malinterpretar deliberadamente pruebas auténticas (mistificar) y la otra posibilidad es hacer pasar explicaciones míticas por reales (mitificar).

Una de las modalidades es exacerbar el sustento cultural simbólico, idílico o pavoroso, idealizando los aspectos políticos, culturales y sociales, confundiendo mito con realidad o estableciendo diferencias tan ambiguas que, en verdad, no marcan disimilitud.

Un ejemplo podemos detectarlo en Analía Ponce:

“Aún siendo de tan vital importancia para el ser humano, las creencias, los mitos, las leyendas son considerados por los herederos del pensamiento iluminista (...) como supersticiones, o sea fantasía, imaginaria, irrealdad y engaño, la invención de la imaginación que se interpone en el conocimiento de la verdad. Contra esa concepción, nosotros sostenemos que el mito no se opone a la realidad y a la verdad, sino que su verdad y su realidad son de naturaleza distinta, porque no pertenecen a la dimensión fáctica, es decir lo ocurrido en el ámbito de la experiencia sensible, sino a una dimensión simbólica (...) Es verdadero si logra la finalidad de otorgar sentido a la acción de un sujeto colectivo, social, de un grupo humano, de una comunidad. Lo fundamental es que el mito responda a las preguntas existenciales de los sujetos sociales que son sus creadores...”²²

La desmitificación pasa también por abandonar la sofisticación que busca la originalidad y la grandeza en el rescate apasionado del protagonismo de grupos sociales que avalan las convicciones personales del autor, para evitar la construcción de nuevos mitos culturales. Leía los otros días un artículo sobre la Revolución de Mayo, que ponía el acento en el papel desempeñado por los negros, los indios y los marginados en la revolución. Del que se desprende que la verdadera revolución se hizo en función de mejorar la situación de esos grupos y que en definitiva fueron ellos sus verdaderos actores y no los que la historia tradicional ha consagrado. El título, *La Rebelión de los Marginados*, ya indica el enfoque del autor. No hay duda que es una contribución importantísima el rescate de todos los grupos humanos que participaron de procesos relevantes en la historia. Especialmente para tener en cuenta las profundidades y complejidades humanas, para saber como vivió el hombre común el proceso y las consecuencias de la Revolución; lo que no hay que perder de vista es la dimensión, las proporciones en que cada uno contribuye a producir hechos concretos, los intereses profundos que más o menos encubiertos están siempre presentes detrás de declaraciones y discursos. En este caso sobre el proceso de la Revolución de Mayo, si aparecen sobredimen-

22. Analía Ponce, “Los mitos, otro modo de conocer el mundo”, Univ. de San Juan, Diario *Los Andes*, 2002.

sionadas las realizaciones de los grupos que son de interés especial de estudio del investigador, podemos escribir una historia –que pretende desmitificar– y que puede ser profundamente mitificadora:

“...tales eran los términos en que se planteaba entonces la cuestión social. El régimen de castas (...) era la clave de la dominación española y del reparto de la riqueza (...) era el talón de Aquiles del sistema colonial. Contra esa injusticia se levantaron los pueblos americanos, conducidos por los revolucionarios de la primera hora.

Los mestizos, igual que los indios y negros, estaban excluidos de los cargos públicos y demás privilegios de la conquista, el principal de cuales era tener encomiendas (...)

Estos criollos que querían fundar una patria sobre la base de la libertad y la igualdad, habían leído a Rousseau, pero además tenían una sensibilidad y una experiencia propia sobre las diferencias sociales. La cuestión étnica es neurálgica en la historia de la independencia inconclusa de América latina (...) es un tema pasado por alto que debería contribuir a la comprensión de la dependencia en que aún están sumidos los pueblos.

Señalamos la filiación, posición y la sensibilidad que tuvieron algunos hombres, no todos, de la generación política de 1810, aquéllos que no casualmente constituyeron la vanguardia del proceso libertario de los países sudamericanos. La revolución tenía para ellos un componente problemático de índole étnica y cultural, (...) esa percepción se reflejó desde la primera hora en el seno de la Junta.”²³

También se interpreta la desviación de la mirada del mundo real al mundo simbólico como una huida compensatoria. Para Dosse, el papel del historiador se modifica y la historia se vulgariza. Expresa que

“la historia que se consume se vuelve un recurso terapéutico para llenar vacíos... A la falta de un presente que entusiasme y a la vista de un futuro inquietante, subsiste el pasado, lugar de resguardo de una identidad imaginaria. Esa búsqueda se torna cada vez más individual, más local, a falta de un destino colectivo movilizador. (...) El historiador (...) se calza las botas del etnólogo y abandona lo económico, lo social, el cambio. El precio a pagar por esta reconversión es (...) el reflujo de lo social hacia lo simbólico y cultural.”²⁴

En la década del 90, bajo la influencia de la posmodernidad, “se ha fundido el hecho con el signo, se equipara el pasado con el archivo, el documento con el relato, la historia con la historiografía, y ésta con la literatura.”

23. Hugo Chumbita, “La rebelión de los marginados”, mayo de 1810, dossier, Documento: El 25 de mayo y la lucha de clases en la Revolución, *Rev. Veintitrés*, 23 de mayo de 2002.

24. Francois Dosse, *A historia em migalhas* (dos Annales a Nova Historia) Campinas, Ensaio/Unicamp, 1992.

En el ámbito latinoamericano, es sugerente la opinión de los historiadores Lockhart y Schwartz, quienes expresan que a través de la historia latinoamericana, “dos fuerzas han sobrevolado como pensamientos fuertes por encima de liberales y conservadores, de tradicionalistas y progresistas y ha sido la representación ideal, simbólica, utópica de la realidad.”²⁵ Se preguntan si las nuevas generaciones de historiadores, insistirán en una historiografía “simbólica”.

Según Luis Gonzalez y Gonzalez,²⁶ esta última visión prevalece en la Historia Latinoamericana, especialmente en México, y señala como responsable de ella a la influencia de la historiografía francesa contemporánea.

El tercer caso:

La desmitificación que pretende apartarse de la extrema intensidad de las reacciones y emociones que anidan en las adhesiones a las corrientes historiográficas.

La historiografía que sustenta posiciones extremas, cualquiera sea la tradición en que se fundamenta, termina constituyendo una trama mítica de la historia. Esto ha ocurrido con la llamada historia tradicional y también ocurre con nuevas corrientes historiográficas.

Las adhesiones absolutas a corrientes posmodernas que consideran a los símbolos, al mito y al discurso como constituyentes nucleares de la historia, sirven para ejemplificar esto y además puede notarse como ellas se acercan de manera reveladora al periodismo. Los medios como empresas que son, utilizan las historias de vida, los relatos, mezcla de realidad y ficción porque atraen a los lectores. Por ello, la microhistoria, es usada especialmente como recurso estilístico y método indagador. Las historias de vida, no importa su grado de veracidad, venden porque aportan mucha emoción, el hombre se solaza con las vicisitudes de sus semejantes.

Resulta paradójico –dice la historiadora Colomer Pellicer– que la ciencia de la larga duración sea tributaria, en la actualidad, de los profesionales del “flash”. Cuenta –para el asombro– que una profesora de historia de la Universidad de Murcia a cargo de la asignatura ‘Historia Contemporánea’, dijo que la historia, hoy la están escribiendo los periodistas y que los libros que ella utiliza para sus investigaciones están escritos, en su mayoría, por periodistas. Agrega Colomer Pellicer que:

“Una historia cercana, real, humana, cotidiana, es mucho más entendible y explicativa que cualquier informe cargado de datos y nociones macroscópicas.

25. James Lockhart, y Stuart Schwartz, *obra cit.*

26. Luis Gonzalez y Gonzalez, “El quehacer histórico en México”, *El Oficio de historiar*, Clío, México, 1998.

Las teorías globalizadoras, los modelos acabados, las explicaciones redondas de los hechos históricos, son historia de laboratorio.²⁷

Acerca de estas expresiones bastante radicalizadas se puede decir que se corre el riesgo de banalizar el perfil de la historia, permitiendo que la disciplina se diluya en la atomización de las interpretaciones individuales y en relatos poco significativos que den la razón a quienes piensan que la derrota de la historia –que transita estos caminos– estará en su incapacidad para comprender y preveer los grandes acontecimientos.

Por eso el camino debe ser muy claro: la historia con sus textos largos, con su argumentación serena, con la fundamentación de una afirmación y su amplia argumentación con ayuda de documentos y textos, son irremplazables cuando se quiere discutir a fondo un asunto.

A veces la exigencia del relato breve, producto de la sociedad de la prisa y de la dinámica discursiva de los medios es un impedimento para difundir a la vez, una historia interesante y con característica de divulgación científica. Difundir un tema con abordaje serio con características breves, es ya una dificultad intrínseca.

“Para la mayoría de los historiadores difundir cosas serias implican textos no tan breves. Los textos breves se basan en una fórmula, en un esquema, cuando más sintética es la fórmula y menos variable es el esquema, más se falsea la realidad. La obsesión por la brevedad no puede disculpar la carencia de un mínimo análisis y sobre todo de sentido. Por lo tanto, en un relato breve, se alcanzan a plantear los grandes interrogantes solamente.”²⁸

El encandilamiento por las corrientes historiográficas posmodernas (que han aportado mucho a la apertura de la ciencia histórica) en oportunidades ha provocado la pérdida de los caminos de reflexión y prudencia en seguidores que pretenden, como dice Aróstegui, cuando habla de la crisis de las grandes teorías en la historia, que éstas sean “reemplazadas por un sustituto, una especie de intuicionismo descriptivista que personaliza la captación de la realidad por el investigador.”²⁹

27. Francisca Colomer Pellicer, “Biografía y cambio social”, en *Historia a Debate*, t. III, Historia a Debate Ediciones, Santiago de Compostela, p. 167, 1995.

28. Entrevista citada con Cristian Buchrucker, sobre *Historia y Comunicación*.

29. Julio Aróstegui, “La historiografía en España hoy”, *Historia a Debate*, 1995.

El cuarto caso:

Los intentos en diferenciar entre la historia sistemática y la memoria histórica.

Entre la memoria y la historia hay diferencias. Tanto en una como en otra, se produce mitificación, pero debiera tenderse a que el ámbito sistemático estuviera más preservado de toda interpretación mítica.

Para responder sobre estas cuestiones hay que recurrir a las propuestas de algunos historiadores que marcan las diferencias entre conciencia histórica y saber histórico (Romero) o memoria histórica e Historia (Pomian).

Luis Alberto Romero, expresa que en el aspecto "teórico el saber histórico –el de los historiadores– se construye dentro de los marcos de la conciencia histórica, pero se diferencia de ella en su preocupación por la rigurosidad –y tiene instrumentos de control, los propios de su oficio, de su metodología– que ayudan a mantener ese rigor."³⁰

La tensión entre conciencia y saber es permanente y marca el enriquecimiento del saber con la conciencia; pero marca también la diferencia con el oficio del historiador.

Para Krzysztof Pomian, toda memoria como conjunto de lo que se cree haber vivido, visto u oído, es memoria de alguien (sujeto individual o colectivo), en general, cristaliza alrededor de objetos–reliquias, siempre es tributaria de una perspectiva que da prioridad en los acontecimientos a sus efectos para la persona que habla o en nombre de quién se habla.

Esto marca la diferencia entre la historia de los aficionados, más cercana a la memoria, a veces identificada con ella y la historia de los profesionales de la investigación y la enseñanza, donde deben manifestarse, criterios, métodos y procedimientos propios del quehacer. La historia profesional no impone a sus adeptos una opinión determinada sobre los hechos del pasado,

"sino los criterios que deben satisfacer los argumentos para ser aceptados y los procedimientos que permiten llegar a un consenso o delimitar el espacio de la discordia.

Sin duda, que la historia profesional debe tender hacia estas características, en la realidad se sabe que no es tan tajante la distinción entre memoria e historia, pero este abordaje permite ver mejor las dificultades del trayecto que lleva de una a la otra. Ese trayecto debe hacerlo cada país por su cuenta, para superar el monopolio de los relatos memoriales y hacer del pasado un objeto de trabajo histórico."³¹

30. Luis Alberto Romero, "Desarrollos recientes", en *Fuentes para la transformación curricular*, 1996.

31. Tal vez los conceptos de conciencia histórica e Historia puedan asimilarse a la diferencia establecida entre Memoria e Historia por Krzysztof Pomian; la Historia asume la complejidad y conflictualidad del pasado tal como ha sido vivido y ha quedado impreso en

Existe la necesidad de historiadores con condiciones intelectuales capaces de desmitificar la historia, capaces de no creer que la escuela de su elección es la única o la última que superó todo lo demás, capaces de reconocer la buena historia de la mala.

Esta función desmitificadora de la historia, que pareciera prevalecerá en las investigaciones, deberá diferenciar “la conciencia histórica crítica” del “mito histórico político”, en otras palabras:

“la persistencia de las memorias antagónicas por la acción deliberada de las élites políticas, religiosas e intelectuales constituye otro factor conflictivo de considerable peso. Si bien difícilmente pueden encender una nueva lucha por su sola presencia, suelen reforzar todos los temores y odios que derivan de un conflicto distributivo o material al proyectar sobre el mismo la luz enfermiza de guerras, invasiones y sufrimientos de siglos pasados.”³²

Se puede decir que hay tres ámbitos en los que se puede hacer un seguimiento del uso de la historia: el de la producción, el de la enseñanza y el de la divulgación. ¿Qué se pide a los productores, a los mediadores y a los divulgadores del conocimiento histórico, en la dimensión del uso de la historia?

A todos se les pide lo que puede quedar sintetizado en estos conceptos de Mario Bunge: “*mentes críticas* para elevar el nivel del debate, desconfiar de las afirmaciones simplistas, aprender a descubrir en la historia mecanismos sociales recurrentes, disipar ilusiones, apoyar esperanzas, destruir mitos, cuidarse de propiciar movimientos políticos y sociales regresivos y tendenciosos.”³³

Sobre la racionalidad

Los problemas teóricos esenciales que afectan a la historia en el presente no son del todo originales, porque traen la carga historiográfica propia de los últimos 20 o 30 años. Sin embargo, surge como tendencia clara el cuestionamiento de “la razón” y el predominio de “la interpretación” junto al destierro de la teoría. Estos dilemas están incluidos en un dilema mayor, filosófico y civilizacional, propio de la historia de occidente en las últimas décadas. Esto inflama los debates sobre la validez o legitimidad de los nuevos caminos de la historia.

A partir de los años setenta y consolidándose en los ochenta, la actitud intelectual posmodernista se afirma en ciertas proposiciones básicas como la afirmación sobre la crisis y muerte del proyecto intelectual basado en la valoración de la racionalidad, que tiene sus raíces en el pensamiento de la ilustración. La apreciación

los diferentes recuerdos, pero pretendiendo elaborar una imagen de ese pasado que no pueda reducirse a ninguno de ellos. Prefacio a *Los males de la Memoria*, Emecé, 1995.

32. Cristian Buchrucker, *obra cit.*

33. Mario Bunge, *obra cit.*

más fuerte de la condición posmoderna y que se ha hecho común, se basa en la negación de que el pensamiento racionalista de la modernidad conduzca al progreso humano. Esta concepción aporta otro problema a la historia que es el cuestionamiento de la razón ilustrada con efecto sobre la concepción de lo histórico, reavivando debates.

Frente a esta tendencia ha surgido la necesidad que sienten algunos historiadores de re-valorar el mundo de lo real y una visión racional del mismo. Esta discusión se inserta a través de los tiempos, en lo que pareciera una dualidad que ha marcado la visión historiográfica con el modo romántico de ver el pasado, donde la épica, magia, mito, hacían las veces de historia y se priorizaba el interés por modos de vida y pensamientos irreductibles a la razón. La cultura romántica, irracionalista ha tenido una permanencia enorme a través del tiempo.

Si hubo un pensamiento de ruptura con el pasado mítico fue el pensamiento ilustrado. Se puede decir con Scalfari, fundador del diario *La Repubblica*, "... que aún hoy el mundo sufre, no por exceso, sino por un dramático déficit de racionalidad. Es la racionalidad, la que merece una acción histórica de recuperación."

Este rescate de la racionalidad es el propósito de algunos historiadores y otros investigadores que combaten la influencia desmesurada de la ideología posmoderna en la historiografía actual:

"La crítica despiadada de la idea de progreso,— base filosófica común del paradigma de los historiadores contemporáneos y el todo vale metodológico animan a bastantes historiadores a instalarse cómodamente en la fragmentación actual de la historia, considerando incompatible la presente libertad de géneros, temas y métodos con la vigencia de cualquier paradigma unificador. El carácter mas destructivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos y lo inutiliza como alternativa historiográfica."³⁴

Ciro Flamarión Cardoso³⁵, autor brasileño, acusa a las tendencias históricas surgidas en la ideología de la posmodernidad de dedicarse al estudio de lo periférico, de iluminar fantasmas, y sobre todo de negar las totalidades sintéticas de la historia renunciando a posturas explicativas. Cardoso ve en la crisis del racionalismo, la brecha por donde las mentalidades invadirían el territorio del historiador, retirándole a éste el afán explicativo e inhibiendo el compromiso social y crítico, inherente a su trabajo.

Se puede señalar en general, que bajo los influjos cuestionados, la tendencia predominante en la teoría historiográfica sería la orientación cultural, con la enorme importancia concedida al "mundo de las representaciones". Lo cual no podría identificarse como problema, en la medida en que no intentara ser una visión to-

34. Carlos Barros, "La historia que viene", *Historia a Debate*, Universidad de Compostela, 1996.

35. Ciro Flamarión Cardoso, "¿Uma Nova História?", en *Ensaio racionalistas*, Campus, Rio de Janeiro, 1998.

talizadora de la historia, (la significación de la historiografía pasaría a ser la interpretación y no la realidad objetiva, concepto que perdería sentido) ya que fija la atención solo en una parte del fenómeno histórico.

La tendencia culturalista ha provocado sin duda, la correspondiente reivindicación de la conciencia de la comunidad pero también de las formas culturales de resistencia al espíritu ilustrado.

La Nueva Historia difunde su presencia en todas partes y también en América Latina. Penetra en Brasil a mediados de la década del 80, cuando ya estaba en proceso de reformulación la historia de las mentalidades en Francia y la nueva historia cultural despuntaba como su heredera. Una característica de la nueva historia cultural, distinta de la antigua historia de la cultura –que estudiaba las manifestaciones oficiales o formales de la cultura de determinada sociedad, artes, literatura, filosofía, etc– es que no recoge de modo alguno las expresiones culturales de élites o clases letradas, sino que revela un singular aprecio por las manifestaciones de las masas anónimas: fiestas, resistencias, creencias heterodoxas, en una palabra revela una especial afición por lo informal y lo popular y se distancia de la historia del pensamiento formal, de la filosofía y de los grandes pensadores. Una característica bastante nítida es su preocupación por rescatar el papel de las clases sociales, de la estratificación, del conflicto social, lo que la diferencia de la historia de las mentalidades, por lo menos de versiones limitadas, que describen la mentalidad como algo común a una sociedad, no importando el lugar ocupado por individuos o grupos en la estratificación social.

La llamada historia cultural es una historia plural, presenta importantes caminos alternativos para la investigación histórica; pero de los que resultan muchas veces una serie de desorientaciones. Es interesante referirse al trabajo de Vainfas, cuando realiza la crítica del libro *The new cultural history*, colección de ensayos organizada en Estados Unidos por Lynn Hunt y traducida al portugués, aparecido en 1992. Analiza la parte que tiene por título *Modelos de historia cultural*, que se compone de cuatro ensayos de historia de la cultura: 1. al modo de Foucault, 2. la historia de la cultura de “historiadores”, reducida a un artículo de comparación entre las ideas de Thompson y Natalie Davis, 3. una comparación nítidamente antropológica entre Geertz y Sahlins y 4. una historia cultural relacionada a la crítica literaria para ver relaciones entre historia y literatura comparando a Hayden White y Dominick La Capra.

Expresa Vainfas:

“Este libro por sí mismo indica la citada pluralidad de esta nueva historia pero también es un testimonio de desaciertos que se pueden marcar en esta tendencia. En ella se habla de ausencia de paradigmas que desnorlean (sic) a los historiadores, pero si fuésemos a adoptar los que proclaman estos modelos, tendríamos que agregar el caos teórico de este “nuevo campo”. Se presentan nuevos modelos para la historia cultural que nada tienen en común o que se oponen abiertamente, hasta entre los autores incluidos en un mismo modelo. Además la incongruencia de incluir como modelo la obra de Foucault que además

de no ser nuevo contiene un cuestionamiento a la propia historia como forma de conocimiento de lo real. Lo mismo se puede decir de Geertz o White, tratándose de autores cuestionadores de la historia como forma de conocimiento, hecho por otra parte reconocido por los articulistas. Si no hay duda de que Foucault descubrió nuevos temas para el historiador y Geertz aportó algunas buenas ideas para pensar lo simbólico en la historia, es al menos discutible que provean modelos consistentes para el trabajo propiamente historiográfico.³⁶

“Las diferencias entre los modelos de historia cultural son abismales”, agrega el autor referido. Si bien, cuando analiza y compara las obras de Ginzburg, Chartier y Thompson, rescata estos tres modelos posibles de historia cultural, los que a pesar de diferencias y excluyentes maneras de pensar, rehabilitan la importancia de los contrastes y conflictos sociales en el plano cultural.

Aunque la historia cultural ha realizado sus aportes en el rescate de una temática importante, definida por Ginzburg como “conjunto de actitudes, creencias, códigos de comportamiento propios de las clases subalternas en un cierto período histórico”, partiendo de una definición inspirada en la antropología cultural, es una visión que se define ante todo por la oposición a la cultura letrada u oficial de las clases dominantes.

Al decir de Bolleme:

“Se exhibe el triunfo de una cultura original y espontánea de las clases populares sobre los proyectos aculturadores de las élites letradas (posición de Genevieve Bolleme, estudiosa de la ‘literatura de cordel’ en Francia).”

Esta ruptura con el pensamiento ilustrado aparece además con un supuesto: “que lo racional está ligado a fines de dominación.” Este mito que aparece, como fundamento explícito o implícito en varias obras de la historiografía de la actualidad, pretende establecer que en la cultura moderna, la razón queda definitivamente despojada de su pretensión de validez porque está asimilada al puro poder.

Así por ejemplo Jenkins³⁷, afirma que todos los discursos históricos se ligan a bases jerarquizadas de poder, sin que en su libro aparezca un esclarecimiento de cual es la base de poder de su propio discurso. Y no se trata de una excepción. La denuncia de la ciencia y del racionalismo como terrorismo al servicio del poder está lejos de significar que los posmodernos, una vez ubicados en situaciones de poder sean más tolerantes en la práctica, debido al relativismo que pregonan, que aquéllos que critican o combaten.

Jorn Rusen apunta dos deficiencias centrales en el pensamiento histórico posmoderno: la primera, que “imputar a la oposición la teoría de un encuadramiento

36. Ronaldo Vainfas, “História das mentalidades e história cultural” en *Domínios da história*, Campus, Rio de Janeiro, 1997.

37. Keith Jenkins, *Re-thinking History*, Londres, Routledge, New York, 1991.

de los fenómenos históricos dentro de direccionamientos temporales globales, acaba relegando algunos de los problemas muy queridos por los propios posmodernos—devastación de la naturaleza, armamentismo, etc., y otros problemas a un “limbo de fenómenos”. Los cuales libres de la crítica y de la resistencia, enflaquecidas por la eliminación de los contextos sociales globales, pueden actuar mucho más impunemente.”

La segunda, que también le parece

“que la vivencia de la alteridad en la opción por lo cotidiano y por el microanálisis, más en general por la visión antropológica-cultural, puede desembocar fácilmente en una cultura histórica que supervaloriza los sentimientos y con ésto caer en el irracionalismo y en el misticismo, tendiendo a abandonar los instrumentos críticos de la razón.”³⁸

Tal como reflexiona Habermas, reducida la enunciación al postulado “la racionalidad con arreglo a fines”, si la racionalidad se descarta porque está unida al poder. La capacidad crítica queda neutralizada, puesta en cuestión, ante la turbia fusión de pretensiones de validez y de pretensiones de poder.

Se hace imposible distinguir entre enunciados válidos y no válidos, aún cuando

“no ha sido demostrado que la razón, hasta en sus más recientes productos, como la ciencia moderna, las ideas morales jurídicas universalistas, y el arte autónomo, permanezcan sometidos al dictado de la llamada ‘racionalidad con arreglo a fines’.

El desenmascaramiento del mito solo puede venir por la crítica y por lo tanto hay que mantener un criterio para poder explicar la corrupción de todos los criterios racionales cuando se identifica razón con poder. Si esto no es posible, de nuevo se está trabajando en el mundo mítico.”³⁹

Embate de paradigmas

El paradigma iluminista, llamado también moderno – algunos dicen que ya destruido–, tuvo su época de mayor dominio entre 1950 y 1968. No obstante nunca fue total y se opuso durante varias décadas de este siglo a la corriente historicista en sus varias vertientes y a su método estrictamente hermenéutico e interpretativo que ella propugnaba. Los cultores del paradigma moderno defendieron una Histo-

38. Jörn Rüsen, “Conscientizacáo Historica Frente a Pos-modernidade: A Historia na Era da ‘Nova Intransparencia’”. *Historia. Questoes e Debates*, Curitiba, vol. 10, n° 18–19, junho a dezembro de 1989.

39. Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Buenos Aires, 1989.

ria que pretendían científica y racional y su punto de partida fue la producción de conocimiento hipotético deductivo y siempre racionalista. Se trataba de una Historia analítica, estructural, explicativa. Estos son los rasgos centrales de su racionalidad, de su asumida cientificidad.

Las tendencias filosóficas que servían de fundamento al paradigma iluminista venían del siglo XVIII y XIX y se vieron reforzadas en el XX por el empleo de modelos macro-históricos y teorizantes. Éstos podían ser distintos y hasta opuestos entre sí; pero se inclinaban siempre hacia la inteligibilidad, a la explicación, a la expulsión o por lo menos a la delimitación de lo irracional y acaso de lo subjetivo, como el evolucionismo, el marxismo, el weberianismo, algunas vertientes estructuralistas.

En la época posmoderna, al ser puestas en duda y rechazadas estas formas de validación del conocimiento histórico, se han producido nuevas búsquedas por caminos externos a la propia historiografía.

El historiador brasileño *Ciro Flamarión Cardoso*⁴⁰ afirma que el tema de la ilustración se liga en el siglo XX a un proceso largo, cuya fase decisiva se produce entre 1968-1989. Además se puede ver como el colapso de una larga visión de la humanidad comenzada en el Renacimiento e intensificada por la Ilustración que termina en el período posmoderno -con lo que autores más radicalizados- entienden como el colapso de la civilización racional entendida a la francesa. Sería un triunfo de la concepción cultural de la historia de fuerte tradición alemana sobre la concepción racional del Iluminismo.

Historiadores brasileños consultados aclaran que el embate de paradigmas se refleja en todos los ámbitos de la historia. Esto demuestran aplicándolo como método para analizar los procesos sufridos por la historia social, la económica, la historia política o las relaciones de historia y poder y la historia de las ideas. Desde estos diversos campos de la historia intentan comprobar el auge o la declinación del paradigma iluminista, tomando específicamente de él, las características señaladas referidas a los problemas teóricos.

Ronaldo Vainfas realiza un balance general de esta perspectiva y concluye que la declinación del paradigma iluminista es relativa, ya que se puede observar que "la declinación es muy nítida en la historiografía francesa, casi imperceptible en la historiografía anglosajona y sobretodo en la norteamericana."

Muchas veces los investigadores que se refieren a los cambios de perspectiva producidos en la historiografía universal, marcan los elaborados por la historiografía francesa.

"La historiografía universal abarca mucho más que Francia, ¿donde se observa la muerte de la historia política?, ¿de la historia de las ideas?, ¿la atomización de la historia en estudios particulares?, en Francia. ¿Y fuera de Francia y en los

40. *Ciro Flamarión Cardoso*, "História e Paradigmas Rivais" en *Dominios da História*, Campus, Rio de Janeiro, 1997.

ámbitos latinoamericanos, que ocurre con la investigación historiográfica? ¿cuánto son de predominantes los nuevos métodos de la escuela francesa, en la producción?"⁴¹

Este estudio lleva a reflexionar sobre la "pseudo universalidad del paradigma posmoderno" en la historiografía, ya que éste quedaría muy especialmente circunscripto a la historiografía francesa. Ésta comparte la universalidad de la historiografía con las obras de otros ámbitos, donde no parece que el paradigma posmoderno prevalezca ni en las obras de historia política, ni social ni económica.

La búsqueda de la racionalidad para la explicación histórica tiene que ver con un proceso de cohesión lógica. Cuando se hace historia de las mentalidades o historia cultural, es necesario prestar debida atención a la coherencia del sistema social, a encontrar una relación lógica entre varias formas de comportamiento, de pensamiento y de sentimiento, y verlas como formas que concuerdan entre sí. Si es sólo para descubrir que la gente es diferente sin descubrir la cohesión interna y la lógica de su sistema de vida. La lógica de sus formas de reaccionar y poder explicarlo se queda solamente en ver las creencias como una reacción emocional, no como parte de un sistema coherente de creencias relativas a la sociedad en que se desarrolla.

Tal vez se debiera tener en cuenta que la construcción del pasado dependió como la del presente de la responsabilidad de las élites y de la sociedad en general para fundar realidades que sean heredadas por las generaciones siguientes. Tal vez se debiera pensar en explorar reformas conscientes, paulatinas y experimentales de las instituciones sociales que sirvieron y sirven para mejorar la condición humana y recuperar el sentido de una historia que trabaje sobre el avance del conocimiento, teniendo siempre presente la construcción de realidades. Sin obviar la necesidad de investigar aspectos del pasado relacionados con los microanálisis, con el estudio de las mentalidades, de las antiguas políticas familiares, de las creencias y los mitos, de las viejas utopías. Las utopías son indispensables como horizontes de valor, como reguladoras de la acción humana para acercar sentido a la construcción de realidades donde haya bienestar para el mayor número posible de personas. Debe necesariamente recurrirse a sus principios que no son de la realidad tal como se da, sino de la realidad tal como creemos que debería ser. Estos son precisamente los ideales.

Construir un pensamiento teórico renovado, una teoría nueva, diferente, requerirá contar que los historiadores combatan de frente ciertas tendencias de la actualidad como el uso de nuevos mitos para avalar teorías culturalistas inmóviles. Se impone la necesidad de una nueva mirada histórica y real sobre objetos legítimos de estudio y debate.

41. Ronaldo Vainfas, "Caminhos e Descaminhos da História", en *Domínios da história*, Campus, Rio de Janeiro, 1997.

RESUMEN

Un grupo importante de historiadores polemiza con la historiografía influenciada por las corrientes posmodernistas de la década del 90 y pretenden recuperar una visión histórica del mundo real y descubrir los nuevos mitos creados en esa época. Es por ello que han planteado nuevamente la necesidad de la propia reflexión teórica sobre su disciplina.

Los caminos abiertos avanzan en la discusión sobre el mundo real como objeto de la historia, en las diferentes vías de desmitificación de la historiografía y una nueva consideración sobre la racionalidad. Estas controversias son posiblemente preparatorias de una teoría fundada en el propio aparato teórico y metodológico disciplinar.

Los mismos críticos entienden como un retroceso de la historia el condicionamiento que significa sobre ella el tener que elegir entre una vuelta al "positivismo antiguo" y una fuerte propensión hacia el escape del análisis del mundo real, lo que llevaría a la disciplina a los extremos de acercarse cada más al interés erudito de una excelsa minoría o a la ficción.

ABSTRACT

A significant group of historians argue against the historiography influenced by the post-modern trends of the 90's and attempt to restore a historical view of the real world and discover the new myths created in that period. For this reason, they have again posed the need for themselves to undertake a theoretical reflection on their own discipline.

The ways opened up are seeing progress in discussion on the real world as the object of history, in different means of demythifying historiography and in a new consideration of rationality. These controversies are possibly preparatory to a theory founded on the discipline's own theoretical and methodological apparatus.

The same critics understand that it is a backward step for history if it is constrained to choose between a return to the "old positivism" and a strong inclination towards escaping from analysis of the real world, which would lead the discipline to the extreme of turning increasingly into the erudite interest of a exalted minority or into fiction.

